



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Melo, Jorge Orlando

Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial

Revista de Estudios Sociales, núm. 4, agosto, 1999

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81511266002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial

Jorge Orlando Melo*

En este trabajo el autor hace un recorrido siguiendo el estudio de la historia en Colombia, desde su surgimiento hasta los actuales debates e investigaciones, incluyendo la discusión sobre su carácter científico y las tendencias posmodernas. Se contempla el desarrollo de la disciplina en las universidades y medios académicos, así como en el aumento progresivo de publicaciones y su evolución temática. De manera general se logra construir con bastante concisión una historia de la Historia en nuestro país, que permite sopesar los vacíos y fortalezas de esta disciplina.

La historia entre la ciencia y la política.

La historia es una ciencia difícil de conceptualizar: se mueve en un espacio fronterizo entre las ciencias sociales y las humanidades. En cuanto ciencia social, su estatuto epistemológico es incierto: ¿debe buscar su solidez en la adopción de los principios y fundamentos propios de las ciencias sociales, y aspirar a desarrollar un saber basado en leyes y regularidades, en cierto modo afín a las ciencias naturales, o su única posibilidad de ser reconocida como ciencia depende de la definición de un tipo especial de conocimiento, cuyas operaciones de aprehensión de la realidad se apoyan, más que en la ley y la búsqueda de la generalidad, en la comprensión, la interpretación, la descripción, delgada o profunda, o la tipificación? En cuanto rama de las humanidades, es una forma de conocimiento en el que la forma narrativa que predomina en su estilo de exposición la acerca a los procedimientos de la literatura, a una retórica particular que parece ajena a la ciencia y justifica muchas de las argumentaciones que, en años recientes, reducen la historia a un discurso indemostrable y en buena parte arbitrario.

Un debate amplio sobre estos temas no se ha dado nunca en Colombia, aunque los historiadores han usado con prolijidad argumentos provenientes de una y otra vertiente. Sin embargo, independientemente de que pueda argumentarse sólidamente el carácter científico de la ciencia, la primera comprobación que vale la pena hacer, al intentar ofrecer una imagen de conjunto de las formas que ha adoptado la historiografía colombiana en los años posteriores al restablecimiento democrático de 1958, es que, al menos hasta ahora, ha dominado la idea de que la historia es una práctica científica, y que la adopción de procedimientos y métodos científicos diferenciaba las nuevas formas de trabajo histórico de los tipos de narración histórica que caracterizaron la historiografía tradicional o académica. La historia hecha en las universidades a partir de la década del sesenta, la , historia recogida en las nuevas revistas académicas, de una u otra forma reivindicaba su carácter de conocimiento objetivo y verificable y su inscripción en el mundo de las ciencias sociales.

*Historiador, director de la Biblioteca Luís Ángel Arango.

La tensión entre lo que vino a conocerse como "nueva historia" e historia académica fue por ello uno de los elementos centrales del desarrollo de la disciplina histórica: los "nuevos historiadores" -que en general, aunque con algunas excepciones, eran los historiadores que trabajaban en las universidades-, se sentían miembros de un grupo que seguía procedimientos rigurosos y metodologías sólidas, mientras que veían a los historiadores académicos como aficionados dedicados a una práctica histórica elemental, de un empirismo ingenuo, guiada por curiosidades frívolas usualmente motivadas por el origen familiar o por el interés de promover valores sociales entre los lectores, más que por el de conocer verdaderamente el transcurso de nuestra historia. Mientras tanto, los historiadores ajenos a la universidad tendieron a ver en los nuevos historiadores un grupo aún más empeñado que ellos en una prédica ideológica, en la medida en que los identificaron con posiciones políticas radicales o revolucionarias, y asumieron con vigor la defensa de supuestos valores tradicionales del país, amenazados por las visiones económicas o sociales de nuestro pasado.

Esta tensión -que sólo en muy contados momentos se convirtió en confrontación abierta, y que estuvo matizada por la existencia de múltiples puntos de contacto y encuentro-, encontraba su sentido en los rasgos básicos del proceso político colombiano entre 1957 y los ochentas: los sectores académicos más activos en las universidades, docentes o estudiantes de las áreas de ciencias sociales, compartían un diagnóstico político que consideraba profundamente injusta la sociedad colombiana y predicaba su transformación radical. La historia, al adoptar una metodología científica, descubría las estructuras profundas de nuestro desarrollo y al hacerlo contribuía a crear herramientas para su transformación. Para algunos historiadores y lectores, más vinculados a las organizaciones políticas, la historia podría llegar a ofrecer incluso, al caracterizar adecuadamente el país, al definir su carácter feudal o capitalista, guías concretas para la acción. Para otros la función de la historia, aunque hacía parte de un proceso de crítica cultural, no podía llegar tan lejos: en vez de ello los historiadores críticos, al reelaborar el pasado del país, construían una visión que, en la misma medida en que era más exacta, superaba los mitos y las formas de manipulación que hacían de la historia académica una herramienta en manos de los grupos dirigentes. Una sociedad con conciencia histórica, era el supuesto, podría escoger en formas más libres sus alternativas políticas, podía elegir su destino superando los condicionamientos

del pasado¹.

La profunda crisis de los proyectos políticos de izquierda ha tenido sin duda efectos muy notables sobre este proceso, y el trabajo histórico de la última década parece moverse en un terreno totalmente diferente al que existió en los años de relativo predominio de la "nueva historia". Al perderse la visión del papel de la historia en el cambio social, el elemento que creaba tensión entre un polo científico y un polo académico se debilitó. Mientras que muchos historiadores formados en los sesentas y setentas siguen haciendo una práctica histórica que todavía se inspira en los modelos de esos años, aunque en buena parte desprovistos de sus aristas más combativas, las nuevas generaciones parecen bastante alejadas de cualquier perspectiva política y no comparten los viejos paradigmas de interpretación ni enfrentan los mismos problemas analíticos². Pero si ideas como la de la "historia total", la historia como ciencia social, la pretensión del historiador de representar una realidad independiente de la estructura del discurso que elabora, ya no obtienen el consenso, tampoco se han consolidado paradigmas alternativos. Coexisten, muchas veces como capas generacionales, corrientes y orientaciones diversas, los temas investigados son cada día más variados, hasta el punto de que es difícil hoy decir qué define la historia como disciplina o como práctica académica -hacer parte de un departamento de historia en la universidad, estudiar el pasado, parecen ser los únicos rasgos de identidad-, la tradicional relación de la investigación histórica con unos procedimientos de validación documental parece haberse debilitado radicalmente y los historiadores escriben cada vez más para un público conformado por ellos mismos, en la medida en que las ambiciones de influir el proceso social se han debilitado,

1 La primera visión provenía de lecturas que he llamado positivistas del marxismo: la idea de que el conocimiento histórico permite definir las leyes que rigen el cambio social y en esa medida permite prever las transformaciones del futuro. La segunda se apoyaba en general en vertientes críticas del marxismo, de Sartre y Marcuse a Gramsci. Entre los historiadores marxistas, Pierre Vilar parecía más afín al primer planteamiento, mientras que Edward Thompson o Raymond Williams ofrecían argumentos a la visión más cultural del marxismo.

2 Por supuesto, existen excepciones a esto. Pero aunque muchos historiadores mantienen su fidelidad a una perspectiva alternativa a través de la elección de temas vinculados a las luchas populares o al conflicto social son pocos los que hacen explícito su compromiso con una visión revolucionaria o marxista. Para una excepción interesante, véase Renán Vega Cantor, *Colombia entre la democracia y el imperio aproximaciones históricas a la turbulenta vida nacional del siglo XX*, Bogotá, D Buho, 1989. Allí hay un vigoroso debate con los representantes más conspicuos de la nueva historia, cuyas afirmaciones no es posible debatir aquí.

para quedar en manos de politólogos y violentólogos.

La multiplicidad de tendencias y su carácter todavía embrionario hace muy difícil captar el sentido de lo que está ocurriendo actualmente entre los historiadores. Por otra parte, estos cuarenta años finales del siglo han visto una expansión muy notable de los volúmenes de producción del área: ahora existen cuatro o cinco revistas académicas especializadas, se elaboran decenas de tesis de pregrado y postgrado al año, los libros de tema histórico proliferan. Nadie puede pretender conocer siquiera una parte significativa de esta producción, y por ello el lector de estas notas debe aceptar que se basen en el desordenado muestreo de un lector habitual de textos del área, que inevitablemente prefiere dedicar su tiempo de lectura a las áreas que más le interesan y a los autores que cree más interesantes, sugestivos o sólidos.

La historia académica

Durante la primera mitad del siglo XX la escritura histórica colombiana estuvo dominada por lo que se ha denominado la historia académica: un trabajo centrado en la historia militar y política, con énfasis en los períodos del descubrimiento, conquista e independencia, dominado por una concepción moralista y de educación cívica de la historia, que llevaba a privilegiar las biografías de figuras con rasgos heroicos o ejemplares, desarrollado con una perspectiva metodológica relativamente ingenua y basada en la visión de que la realidad histórica existe independientemente del historiador, que la encuentra y narra con base en el testimonio del documento, y escrita ante todo por aficionados, usualmente vinculados a familias destacadas en el acontecer político nacional o regional. Las academias de la historia, regionales o nacionales, congregaban a la mayoría de estos historiadores, y en sus boletines y revistas se publicaban sus trabajos. Su visión histórica se difundía al público general a través de la prensa y las revistas, y sobre todo por la adopción simplificada de sus versiones por el sistema escolar, a través de los manuales de estudio. Los manuales, en cierto modo, constituían la culminación lógica de su esfuerzo: mediante ellos se cumplía la función formadora

de la historia, que debía expresarse en la promoción de valores morales y comportamientos cívicos entre la población. Desde 1910, cuando había ganado el concurso convocado con ocasión del primer centenario de la declaración de independencia, la Historia de Colombia de José María Henao y Gerardo Arrubla representaba el mejor ejemplo de estos textos escolares y era el más usado de todos, aunque los de Julio César García, entre los laicos y más neutrales, y Rafael Granados y Justo Ramón entre los religiosos, lograron también amplia difusión. En todos ellos predominaba la narración de los hechos heroicos de la conquista, que había traído la civilización, la lengua y la religión al país, y de las peripecias de la independencia, que había consolidado una nación pacífica, progresista y bien gobernada: el recuento de los actos de cada administración era un elemento central en la organización de estos materiales. La visión crítica se reducía a ocasionales lamentaciones sobre los excesos de uno u otro partido, o sobre la arrogancia de algún caudillo que había tratado de romper el orden democrático³.

Esta visión predominaba en forma muy clara, y aunque algunos historiadores podían romper los marcos de una definición muy estricta, eran pocas las excepciones. Las que vale la pena subrayar son las que, al romper las camisas de fuerza de la temática o la simplicidad metodológica, se distanciaron de la historia académica. El libro de Luis Eduardo Nieto Arteta, *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, publicado en los últimos días de 1941, constituyó el primer intento de aplicar una metodología de orientación marxista para comprender el pasado colombiano. Nieto Arteta se enfrentaba conscientemente a lo que veía como una historia que debía superarse -"la historia colombiana

3 Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*, Bogotá 1911. Una breve caracterización de la historia académica se encuentra en mi artículo "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes" (1969), reeditado en *Historiografía Colombiana, realidades y perspectivas*, Medellín, Seduca, 1996. Sobre el texto de Henao de Arrubla, véase Bernardo Tovar, "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial", en *ACHSC*, No. 10, Bogotá, 1982, y sobre todo Germán Colmenares, "La batalla de los manuales en Colombia", en Michael Rickenberg (comp.), *Latinoamérica enseñanza de la Historia, libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza Editorial y Flacso, 1991. Colmenares señala que el texto equilibraba la visión conservadora "que ponía énfasis en la empresa de cristianización y en la misión civilizadora de Europa en los períodos de la conquista y la colonia, con la insistencia liberal en el período de la independencia". El libro del conservador Julio César García, publicado en 1942, mantiene la neutralidad y tolerancia partidistas, a pesar de los agudos enfrentamientos entre el liberalismo y el conservatismo durante el gobierno de Alfonso López.

está por hacer", decía en una carta de 1938-, y ofrecía una visión en la que la economía, usualmente ignorada, tenía una función central en la interpretación del pasado⁴.

En los años siguientes otras obras empezaron a modificar en diversas direcciones la metodología de la investigación histórica. En 1944 Juan Friede hizo un trabajo temprano de etnohistoria, *El indio en lucha por la tierra*, y en 1949 Guillermo Hernández Rodríguez, uno de los primeros dirigentes del Partido Comunista de Colombia, publicó su libro sobre las sociedades indígenas. Mientras tanto, un joven historiador, Indalecio Liévano Aguirre, había publicado una biografía en muchos sentidos novedosa, la de Rafael Núñez.

Tres o cuatro libros en una década no parecen mucho. Pero son señales de un cambio que tenía otras manifestaciones, como la presencia de profesores europeos con formación histórica sólida en la Escuela Normal Superior y la Universidad Nacional (Gerhard Masur y José María Ots Capdequí, quien hizo uno de los primeros usos sistemáticos de la documentación del Archivo Histórico Nacional), y que sin duda se expresaba en una insatisfacción amplia aunque difusa, entre los intelectuales, con el estado de la historiografía colombiana.⁵ Sin embargo, el interés por la investigación histórica era marginal, y los 1000 ejemplares de la primera edición del libro de Nieto Arteta tardaron casi veinte años en venderse. Lo mismo ocurrió con otra obra, de calidad sorprendente, y que colocaba en el centro de la investigación el problema del crecimiento industrial del país: el libro de Luís Ospina Vásquez⁶. Aunque el libro no tenía ninguna influencia marxista, la seriedad con la que se abordó el tema económico y la solidez de la investigación lo convirtieron, años después, en uno de los libros favoritos de los jóvenes historiadores de inclinación

marxista. Sin embargo, se publicó durante la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, en un período de relativo encerramiento cultural, y la filiación conservadora de su autor puede haber alejado a los lectores a los que los historiadores antes mencionados habían preparado para una nueva orientación. Pero entre sus pocos lectores estuvieron algunos de los jóvenes científicos sociales que se habían formado en la Escuela Normal Superior y en la Universidad Nacional en los cuarentas y que serían los protagonistas de los cambios en la orientación de la disciplina durante los primeros años del Frente Nacional.

La modernización de la historia

La caída de la dictadura de Rojas Pinilla, en 1957, creó en forma casi inmediata un nuevo clima cultural e intelectual en el país. Grupos que realizaban su tarea en forma algo subterránea -como la *Revista Mito*, fundada en 1955, en medio de la dictadura-, salieron a la luz pública. El arte académico fue rápidamente desplazado por el arte abstracto o por nuevas formas de figuración (en 1958 Botero ganó el Salón Nacional de Artistas), y se produjo una gran efervescencia política, creada por la necesidad de consolidar la democracia recién recuperada, y muy marcada por el ejemplo de otros países cuyas dictaduras habían caído, como Venezuela y sobre todo Cuba. En las universidades, que iniciaron un proceso de rápida expansión cuantitativa, los nuevos estudiantes, con una representación mucho mayor de la provincia y de clases sociales medias que antes, encontraban un ambiente en el que la revolución y el marxismo eran el tema de cada día.

Ante la crisis de la Normal Superior, que había sido cerrada por el gobierno de Laureano Gómez, para el que era un foco de corrupción, marxismo y coeducación, la Universidad Nacional se convirtió en el centro de formación en ciencia social. En la Escuela de Filosofía y Letras, convertida luego en Facultad, la enseñanza de historia estuvo, desde finales de los cincuentas, a cargo de historiadores de formación profesional como el español Antonio Antelo Iglesias, que dejó entre sus estudiantes una imagen de profesor erudito y exigente, y orientó los primeros trabajos históricos de Germán Colmenares, y de Jaime Jaramillo Uribe, quien dictaba los cursos de Historia de Colombia y Filosofía de la Historia. Jaramillo, graduado de la Normal Superior -en cuya revista reseñó en 1942 el libro de Nieto Arteta-, acababa de regresar de un período de estudio en el exterior, en el que estuvo en París y Alemania. Las obras de los historiadores sociales alemanes y sobre todo del grupo de

4 Una caracterización de la obra de Nieto puede verse en Melo, "Los estudios históricos..." El estudio más sólido sobre este libro es el de Gonzalo Cataño, "Un clásico de la historiografía nacional: *Economía y cultura de Luis Eduardo Nieto Arteta*", en *Historia Crítica*, No 15, Bogotá, 1977. El libro había sido ya publicado en gran parte, a partir de 1938, en periódicos bogotanos. Cataño destaca, además de la influencia marxista, que incluía a José Carlos Mariátegui, la de José Ingenieros.

5 Los libros citados son Juan Friede, *El indio en lucha por la tierra*, Bogotá, 1944; Guillermo Hernández Rodríguez, *De los Chibchas a la Colonia y a la República*, Bogotá, 1949; Indalecio Liévano Aguirre, *Rafael Núñez*, Bogotá, 1943. Ots Capdequí publicó *Aspectos del siglo XVIII español en la Nueva Granada*. En los textos de Hernando Téllez, de Baldomero Sanín Cano e incluso de Germán Arciniegas, quien elogió en 1942 el libro de Nieto Arteta por su orientación marxista, se advierte este descontento con la historia más convencional.

6 Luís Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia 1810-1930*, Medellín, 1955.

Annales, en particular de Bloch, Febvre y Braudel, iban a ser parte de la lectura habitual de sus alumnos. Igualmente promovía el estudio de los historiadores sociales y de la cultura, como Pirenne, von Martín, Trevelyan, Cassirer o Huizinga, y teóricos alemanes de las ciencias del espíritu o de la cultura, como Cassirer, Rickert y Windelband. Conocedor de la sociología alemana, Simmel, Sombart y Weber ofrecían nuevas perspectivas de historia social. Probablemente el momento fundador de la nueva orientación histórica puede datarse con la creación en 1963 del **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**, cuyo nombre anunciaba una orientación contrapuesta a la historia político-administrativa tradicional.

Bajo la orientación de Jaramillo se creó en 1964 la carrera de Historia, independizándola de Filosofía y Letras. Aunque algo se perdía de visión universal -los anteriores estudiantes de historia, como un simple énfasis dentro de la carrera de Filosofía y Letras, tenían formación más sólida en idiomas y en filosofía-, esto promovía la especialización, ampliaba el número de cursos de contenido histórico y en particular los relativos a la historia de Colombia. En la vieja facultad de filosofía, mientras se tomaban ocho semestres de historia universal, sólo se tomaba uno de historia de Colombia; la proporción se invirtió casi radicalmente, y además se crearon clases de historia de América y otras historias especializadas, además de un conjunto de seminarios de formación en el trabajo y la metodología históricos. Colmenares, Margarita González y Jorge Orlando Melo se graduaron como filósofos, mientras que entre los primeros graduados de la carrera de historia estuvieron Hermes Tovar, Jorge Palacios y Víctor Álvarez. Mientras esto ocurría, en la facultad de sociología, orientada por Orlando Fals Borda, el profesor de historia era Juan Friede, a quien debe considerarse también como un representante de un estilo nuevo de investigación histórica, y quien había tenido problemas por sus posiciones políticas durante el gobierno conservador. La existencia de una formación profesional para historiadores, en la que los alumnos se familiarizaban con métodos exigentes de análisis del documento, utilizaban el Archivo Nacional, y conocían la literatura histórica contemporánea, coincidió con procesos culturales externos que reforzaron el impacto de las nuevas corrientes. La euforia por la caída de la dictadura, el impacto de la revolución cubana sobre los sectores más radicales del liberalismo o sobre los simpatizantes del socialismo contribuyeron a una radicalización acelerada de los sectores de estudiantes que estaban engrosando

una universidad que se abría en forma amplia a capas sociales medias. La misma universidad inició un proceso de desarrollo y crecimiento cuantitativo que se expresó en la creación de los campus de las universidades regionales, como la del Valle y la de Antioquia, y en un proceso de ampliación y reforma en la Universidad Nacional, que elevó súbitamente el número de profesores de tiempo completo y alteró el viejo sistema de facultades para dar prioridad a los departamentos, a los que se atribuía ante todo funciones de investigación. En este contexto, la historia adquirió fuerte visibilidad como elemento de cultura política y de debate social. La primera señal de esto la dio el éxito de la serie de Indalecio Liévano Aguirre, **"Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia"**, publicada en la revista **La Nueva Prensa** en 1961. Su acogida entre los lectores llevó a una edición en libro, que llegó a la entonces impensable cifra de 10.000 ejemplares. (En un país que tenía unos 20.000 estudiantes universitarios). El gran éxito mostraba la aparición de un nuevo público para la historia, que esperaba algo diferente a la historia académica. Esperaba ante todo, creo, una cierta visión de compromiso social, un cierto carácter de desafío frente a la historia oficial.

Sin embargo, de entrada los historiadores más profesionales, así se sintieran afines a los proyectos políticos de Liévano Aguirre (que para entonces era un importante ideólogo del Movimiento Revolucionario Liberal), manifestaron sus desacuerdos con **Los grandes conflictos...** Jaramillo Uribe, que había sido al mismo tiempo elogioso y muy crítico de Nieto Arteta, tampoco compartía el populismo y la falta de rigor documental de Liévano Aguirre. Una reseña de Germán Colmenares, publicada en 1961 en **Esquemas**, mostró el distanciamiento de los historiadores universitarios con la obra de Liévano, que mantuvo a partir de entonces un gran seguimiento entre los universitarios, pero un rechazo entre los que se vinculaban profesionalmente con la historia.

En 1964 apareció el libro de Jaime Jaramillo Uribe, **El pensamiento colombiano en el siglo XIX**. Era un trabajo extraordinario, de una calidad muy superior a cualquier otro trabajo histórico anterior, solamente comparable con **Industria y Protección**. Sin embargo, se publicaba en un momento en el que la mayoría de los estudiantes y recién graduados dedicados a la historia se interesaban por una historia más comprometida con la visión política. Por ello, aunque Jaramillo estaba formando a la mayoría de los historiadores, estos mismos se distanciaban aceleradamente de él, más que todo por razones ideológicas, y la historia de las ideas fue un área en la

que pocos lo siguieron. Por ello, creo que pocos de los historiadores formados en los sesentas hubieran leído este libro. Colmenares, en su obra sobre partidos políticos y clases sociales, que fue su tesis de doctorado como abogado, presentada en la Universidad del Rosario en 1962 y publicada en 1965 y 1966 en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*⁷, no menciona ni una sola vez a Jaramillo Uribe, a pesar de la afinidad de los temas. Sin duda había leído los capítulos y textos que se publicaron en *Eco* y otras revistas, pero no se sintió obligado a revisar un texto ya escrito y realizar un diálogo con el pensamiento y las interpretaciones de Jaramillo, metodológicamente pertenecientes a la historia de las ideas, con sus análisis de influencias y semejanzas. Colmenares quería plantear una historia más cercana a la recepción de las ideas, a partir de intereses y configuraciones políticas locales, algo que viera en qué medida las formas de pensamiento y representación se volvían herramientas al ser adoptadas por razones diversas por los grupos sociales locales⁸.

Por otra parte, los cambios en la estructura universitaria favorecieron a los universitarios recién graduados. Por una parte, las posibilidades de estudio en el exterior se habían ampliado substancialmente, y muchos, apoyados en becas o comisiones de estudio, pudieron utilizarlas. A París, donde estaba el centro de influencia de Annales, en busca de Fernand Braudel o Pierre Vilar, viajaron Colmenares y años después Álvaro Tirado; a Chile, donde enseñaban discípulos de Braudel, fueron Colmenares y HermesTovar. Otros fueron a Estados Unidos, Sevilla o México. A su regreso al país, las universidades pudieron vincularlos a la docencia: en todas partes aumentaba el profesorado de tiempo completo, las ciencias sociales estaban en auge y dentro de las ciencias sociales era necesario dictar cursos de historia. Incluso en algunos casos, como en la Universidad

de los Andes, se organizaron programas de investigación, que pretendían conducir a la utilización amplia de los archivos y a ambiciosos programas de ediciones de documentos⁹.

Al regreso de los estudios en el exterior comenzó la primera presencia de libros de estos historiadores. Germán Colmenares publicó, al regresar de París en 1964, su *Partidos Políticos y Clases Sociales*, y al volver de Chile en 1969, *Las Haciendas de los Jesuitas*. Margarita González, el *Resguardo en el Nuevo Reino de Granada* y HermesTovar su trabajo sobre los chibchas.

Aunque los niveles de producción de los historiadores académicos eran aún incipientes, y las publicaciones de las academias eran aún más numerosas, la autodefinición como un grupo diferente, a partir de la crítica de la historia académica fue temprana. Una de las primeras caracterizaciones polémicas de la "versión oficial de la historia", la hizo Germán Colmenares en *Partidos Políticos y Clases Sociales*, publicado por capítulos a partir de 1965 en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango.

La reconstrucción histórica está sometida en Colombia a las reglas de un empirismo bien probado pues se escamotea de antemano todo intento de interpretación. Los hechos no trascienden jamás la versión oficial del documento que los contiene. El investigador reduce de ordinario su tarea a hilvanar documentos de prosa oficial y a traducirlos a prosa cotidiana. Este procedimiento, familiar a todos aquellos que han leído un manual escolar, da como resultado la enumeración interminable de actos oficiales

Allí critica además el predominio de una visión de la historia como relato de las funciones burocráticas del Estado, la emisión de juicios de valor, el sometimiento a la tradición partidista, y concluye que "el análisis de la imagen petrificada de la historia que ofrecen los manuales escolares podría conducirnos a examinar otros aspectos que se deriven de su carácter didáctico, de su tendencia apologética y de su falta absoluta de

7 No conozco el texto de la tesis, y por lo tanto no puedo evaluar qué tanto cambio el texto final entre 1962 y 1965 tampoco he comparado sistemáticamente el texto del *Boletín* con el de la primera edición en libro.

8 Por lo demás, las divergencias entre los discípulos y el maestro fueron tempranas y substanciales. Un ejemplo es el tema de la población indígena en el momento de la conquista, que para Jaramillo no llegaba al millón de habitantes. Friede, Colmenares, Tovar y Meló se inclinaron por cifras substancialmente mayores.

9 Germán Colmenares y Jorge Orlando Meló prepararon para la Universidad de los Andes, en 1966, tres volúmenes de documentos históricos que deberían servir para que todos los estudiantes se familiarizaran con los documentos originales en el proceso de su formación (*lecturas de Historia Colonial*, 1966). Y en 1968 Colmenares y Margarita Gonzáles publicaron las fuentes para la historia del trabajo, que debía ser el primer volumen de un esfuerzo tan ambicioso como el Silvio Zavala en México. El segundo viaje de Colmenares a París y la negativa de la Universidad a vincularlo nuevamente, en 1971, tuvieron que ver con las dificultades de este proyecto. Jaime Jaramillo propuso en varias ocasiones la creación de un instituto de investigaciones históricas en la Universidad Nacional, pero nunca logró el respaldo institucional necesario.

imaginación". Antes, en 1964, Juan Friede había publicado en el mismo *Boletín Cultural* un texto en el que defendía la historia social y económica y criticaba la historia académica¹⁰. De estas manifestaciones, que se reducían a caracterizar y criticar la historia convencional, a la afirmación de que se estaba haciendo un trabajo diferente claramente definido no había gran distancia. El artículo publicado por Jorge Orlando Melo en 1969¹¹, señalaba ya algunos elementos de identificación positiva: los historiadores que se contraponían a la historia académica, y que incluían tanto los formados en la Nacional como economistas y sociólogos de diferentes proveniencias, compartían una visión teórica compleja, el interés por la historia económica, social y cultural, la apertura a las ciencias sociales, la definición como historiadores profesionales y el hecho de dirigirse a las nuevas capas intelectuales conformadas alrededor de las universidades. Aunque no se atribuía ninguna identidad metodológica, se señalaba el peso de la influencia de escuelas como el marxismo, *Annales* y la *New Economic History*: no se trataba de un grupo, de una escuela, de una corriente unificada, sino simplemente del proceso de surgimiento de la historia como disciplina con pretensiones de ciencia. En este sentido, el proceso que se estaba dando en la disciplina histórica era sin duda paralelo al que estaba ocurriendo en sociología, alrededor de Orlando Fals Borda y al que había ocurrido, casi dos décadas antes, en la antropología, alrededor de Paul Rivet y el Instituto Etnológico Nacional.

Los historiadores, sin embargo, disfrutaron de algunas circunstancias favorables para una divulgación mucho mayor de sus resultados y para lograr un impacto aparente más fuerte. La historia tenía un estatus privilegiado en las visiones marxistas de la sociedad, tanto como la economía política. Esto ayudó a convertir al público políticamente motivado en público lector de la disciplina. Por otra parte, los historiadores tuvieron un papel importante en la conformación de una red de editoriales pequeñas que comenzó en 1968 con la Oveja Negra y se amplió rápidamente a otros proyectos similares. Los éxitos editoriales de algunos proyectos y la tolerancia de las divergencias metodológicas que caracterizó desde el comienzo a los historiadores, facilitaron luego la elaboración de proyectos colectivos de divulgación, que representaron uno de los rasgos

10 "La investigación histórica en Colombia" en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. VII, No 2, 1964.

11 Jorge Orlando Melo, "Los estudios históricos en Colombia, situación actual y tendencias predominantes", en *Revista UN*, No. 2, Bogotá, 1969.

sociales distintivos del desarrollo de la historia durante las décadas siguientes¹².

En forma paralela al interés en la economía derivado

de las perspectivas marxistas, se desarrolló un área de

investigación en historia económica que respondía también a visiones menos políticas. En la Universidad de los Andes se hicieron tesis de grado como las de Darío Bustamante y Luis Fernando Sierra¹³, en buena parte bajo la orientación de Álvaro López Toro, quien había publicado en 1968 su *Migración y Cambio Social en Antioquia durante el siglo XIX*. Miguel Urrutia había publicado un poco antes su tesis sobre historia del sindicalismo (1968)¹⁴. Pero lo que puso de moda la economía fue el éxito editorial de *los Estudios sobre el*

Subdesarrollo Colombiano -un buen ejemplo de la historia conceptual que esperaban los activistas políticos- de Mario Arrubla, cuya primera edición en libro

(había sido escrita en 1962 y 1963) salió en 1968, y la publicación, en 1970, de los *Apuntes para una Historia*

Económica de Colombia de Álvaro Tirado Mejía, Convertido a partir de 1971, con el nombre de *Introducción a la Historia Económica de Colombia*, en un *bestseller* que transformó los contenidos de la enseñanza secundaria y universitaria en muchos sitios: fue el primer desplazamiento de los manuales tradicionales por un manual que ofrecía una visión radicalmente diferente del pasado colombiano.

Los primeros años de la década del setenta fueron difíciles: las universidades públicas, e incluso algunas privadas, vivieron años de intensa agitación estudiantil, de huelgas, conflictos violentos y cierres continuos.

Aunque esto estimuló la producción histórica más orientada a la acción política, y el entusiasmo radical permitió la creación y supervivencia de revistas de buena calidad como *Cuadernos Colombianos e Ideología y Sociedad*, pronto la agitación política y universitaria comenzó a obstaculizar el trabajo académico. Much

12La Oveja Negra fue fundada por Moisés Melo, y entre sus accionistas estuvieron Salomón Kalmanovitz y Jorge Orlando Melo; en La Carreta participó Mario Arrubla. Jorge Orlando Melo y Mario Arrubla fueron editores de la Universidad Nacional entre 1968 y 1971 y publicaron la primera edición de la *Introducción a la Historia Económica* de Álvaro Tirado, así como obras de Jaime Jaramillo Uribe y otros historiadores. Un temprano trabajo histórico en el que participaron historiadores de mUy diferente perspectiva ideológica, fueron las *Estadísticas Históricas de Colombia*, editadas por Miguel Urrutia y Mario Arrubla.

13Darío Bustamante, "Efectos del papel moneda durante la regeneración", en *Cuadernos Colombianos* No 7, Medellín, 1974; Luis Fernando Sierra, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*, Bogotá, 1971.

14 *Historia del Sindicalismo en Colombia*, Bogotá, 1979.

tiempo se dedicaba a esfuerzos por manejar, reorganizar, reformar o simplemente abrir la universidad, y varios de los historiadores se vincularon a la administración universitaria. Los que se mantuvieron alejados de esto, como Germán Colmenares, mantuvieron la mayor productividad, y en cierto modo la década del setenta es, desde el punto de vista científico, una década dominada por el trabajo de este historiador. Entre 1970 y 1979 publicó tres libros fundamentales: *la Historia Económica y Social de Colombia 1537-1719, Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes* y *Popayán: una sociedad esclavista 1680-1800*. Sin embargo, en estos años se publicaron algunos otros textos importantes, como el libro de Jorge Palacios sobre la trata de esclavos, el libro de Marco Palacios sobre el café, el estudio sobre la conquista de Jorge Orlando Melo y el libro de Gerardo Molina sobre la historia del partido liberal¹⁵.

En general, la producción de los historiadores profesionales y de economistas y sociólogos dedicados al estudio histórico estuvo orientada a hacer una historia económica de fuerte orientación social e institucional. Se hicieron, es cierto, algunos esfuerzos de reconstrucción de series cuantitativas, como las referentes a producción colonial de oro o a pago de diezmos, pero el énfasis estaba en las estructuras económicas y en los procesos sociales que las acompañaban. La historia política, que se identificaba con los rasgos negativos de la historia tradicional, desapareció casi por completo de la investigación: apenas pueden citarse el libro de Molina sobre el liberalismo, que es ante todo una historia del pensamiento liberal, y el ambicioso intento sociológico de Fernando Guillen Martínez, que no ha tenido ni la discusión ni la influencia que merecería¹⁶. Por otra parte, la historia regional, que tenía amplios antecedentes en la historia tradicional, comenzó a reformularse

drásticamente, con base en trabajos como los de Colmenares sobre el occidente colombiano. La existencia de un departamento de historia sólido en Cali reforzó esta tendencia, como lo haría desde finales de la década la existencia de los departamentos de Historia de la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional de Medellín. En efecto, desde entonces los trabajos históricos en ciudades diferentes a Bogotá han estado caracterizados por una gran especialización en el estudio de la historia regional o local. En años más recientes, algo similar se ha producido en Santander, alrededor del departamento de historia de la UIS, y en la Costa Atlántica.

Quizás valga la pena destacar cómo la práctica histórica colombiana, aunque mantenía cierta atención por los debates que se estaban dando en Europa alrededor de problemas como el del estructuralismo, el humanismo, el papel del sujeto en la historia, la constitución teórica del objeto de las ciencias, etc., se mantuvo bastante cerca de las corrientes que ya hoy habría que llamar más convencionales. Frente a algunos pocos científicos sociales que esgrimieron a Althusser y sus discípulos para objetar los procedimientos supuestamente empiristas de los historiadores, o frente a las estrategias investigativas derivadas de Foucault, hubo al mismo tiempo interés y reticencia. Mientras Althusser y sus seguidores, caracterizados por un estructuralismo radical que parecía contradecir todos los supuestos de la investigación histórica, no tuvieron ninguna acogida entre los historiadores practicantes -aunque si muy grande entre estudiantes y otros grupos, la obra de Foucault comenzó a influir a algunos grupos de investigadores, sobre todo los que comenzaban a trabajar en áreas como historia de la educación y de la ciencia, cuyos resultados comenzaron a conocerse ya en la década siguiente.

Un buen ejemplo de la actitud de los historiadores hacia esta polémica puede ser el siguiente texto de Colmenares, en el que hizo una vigorosa crítica de la metafísica antipositivista, de la "propensión libresca por los conceptos puros":

Lo propio de la realidad inmediata no es proporcionar el principio mismo de su explicación. De acuerdo. ¿Pero quiere decir esto que tengamos que regresar a explicaciones de tipo metafísico o teológico, construidas sobre la base de confusiones lógicas? Porque lo cierto es que, dado un sistema de explicaciones coherentes, la realidad inmediata no puede ser sencillamente escamoteada. Aún las realidades aparentes, es decir, recubiertas por una ficción ideológica, pueden ser descubiertas -o desveladas- una vez que se acceda a un marco de explicaciones

¹⁵ Jorge Palacios, *La trata de negros por Cartagena de Indias*, Tunja, 1973; Marco Palacios, *El café en Colombia (1850-1970): una historia económica, social y política*, Bogotá, 1979, Jorge Orlando Melo, *El establecimiento de la dominación económica*, Bogotá, 1977 y Gerardo Molina, *las ideas liberales en Colombia*, 3 vols., Bogotá, 1970-1976. Además, Jaime Jaramillo Uribe recogió en un libro algunos de sus artículos de historia social y cultural y se publicaron varias traducciones de autores norteamericanos, como Frank Safford y William Paul McGreevey.

¹⁶ Como lo señalé en la apertura del Congreso de Historia de Cali en 1979, era lamentable que un 'Saspécto del pasado nacional cuya reformulación es hoy urgente, ante la persistencia de los más injustificados mitos y ante el uso puramente polémico y partidista que se hace de la historia política siguiera en manos de los historiados menos preparados y menos sistemáticos'. "Los estudios históricos en Colombia 1969-1979", en *Revista de Extensión Cultural*, Universidad Nacional, sede de Medellín, No 9-10, 1980-81, pág. 104.

más amplio. En otras palabras, toda concepción teórica tiene que ir a los hechos para explicarlos, aún si no se ha partido de ellos. La desvalorización absoluta de los hechos es lo propio de toda concepción teológica o metafísica... Todo el mundo sabe que la elaboración de marcos teóricos se ha convertido en el pasatiempo universitario por excelencia. El marco teórico resulta no ser otra cosa que la búsqueda de un mutuo reconocimiento colectivo de habilidades ergotistas... En el curso de los últimos años, la preocupación por la investigación ha matado a la investigación en Colombia¹⁷.

A los procesos de institucionalización señalados antes se añadió, en la segunda mitad de la década, la equívoca agrupación de los historiadores universitarios bajo el nombre de "nueva historia". El término, que había sido utilizado en otros países para muy diferentes cosas, fue generado por el título de un libro en el que se seleccionaban trabajos de algunos de los más visibles historiadores universitarios¹⁸. Aunque el libro publicaba artículos de las más variadas y hasta contrapuestas orientaciones teóricas, la idea de que se trataba de un grupo homogéneo, de una escuela histórica, se impuso entre el público menos informado, y se reforzó cuando se inició, en mayo de 1977, bajo la orientación de Jaime Jaramillo Uribe, el proyecto del *Manual de Historia de Colombia*, dirigido a un público no especializado. Este manual, que era en buena medida una respuesta a la *Historia Extensa de Colombia*, que desde 1964 publicaba la Academia Colombiana de la Historia, fue publicado en tres volúmenes aparecidos en 1978, 1979 y 1980, y tuvo una respuesta muy favorable de los lectores, con excepción de los grupos más tradicionalistas, que la consideraron un ataque a los valores del país, y de los grupos marxistas más ortodoxos: Nicolás Buenaventura anticipó que se trataba de una nueva historia oficial, escrita por historiadores escogidos por el ejecutivo, y que expresaba el triunfalismo provocado por las bonanzas cafeteras y exportadoras; "el capitalismo colombiano se renueva, se siente con ánimo emprendedor y piensa honradamente que es hora de hacer una 'nueva historia'"¹⁹.

El auge de la historia

A partir de la publicación del *Manual de Historia de Colombia* los historiadores vivieron un breve período de auge y reconocimiento social. Las universidades reforzaron su apoyo al trabajo en estas áreas y crearon nuevos departamentos o ampliaron los existentes. En términos de aceptación pública, los años culminantes del desarrollo de la historia fueron probablemente 1985-88, cuando se inundó el mercado con productos editoriales de gran aliento, que trataban de seguir el ejemplo del *Manual*. Desde 1984 se habían iniciado los trabajos de preparación de una historia, denominada *Nueva Historia de Colombia*, de Editorial Planeta, y poco después Salvat y la Oveja Negra comenzaron trabajos similares, que condujeron a la publicación, en fascículos, de los trabajos de las dos últimas, entre 1985 y 1987. Planeta decidió aplazar su salida al mercado y publicó la obra en 1988. Podemos suponer que las ventas conjuntas de estas obras pasaron de los 100.000 ejemplares, y quizás más que doblaron esta cifra. Otros trabajos colectivos de estos años fueron *Colombia Hoy*, la *Historia de Antioquia* publicada en edición también cercana a los 100.000 ejemplares por *El Colombiano* de Medellín (1987) y en 1988 en formato de libro, *La historia de Bogotá* (1988), y la *Historia Económica de Colombia* obra colectiva coordinada por José Antonio Ocampo, que ganó el premio de ciencia Alejandro Ángel Escobar en 1988: la primera obra histórica en recibir este reconocimiento. En el plano de las monografías investigativas, las publicaciones más notables de los ochentas, en las áreas de historia económica y social las hicieron José Antonio Ocampo, Hermes Tovar, Jesús Antonio Bejarano, Salomón Kalmanovitz, Mauricio Archila, Orlando Fals Borda, Bernardo Tovar, Alberto Mayor y Alberto Aguilera. La historia política comenzó, tímidamente, a revivir: Álvaro Tirado, Gonzalo Sánchez, Carlos Miguel Ortiz y Medófilo Medina hicieron contribuciones importantes al conocimiento de la historia política y la violencia durante el siglo XX. Y la lista podría ampliarse muchísimo: ahora, cada año, aparecían varios libros significativos. A los colombianos se añadieron varios extranjeros, entre los que vale la pena citar, por su especial significación y por esbozar varias modificaciones substanciales en los puntos de vista convencionales, *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*, un complejo análisis del poder y el Estado en Colombia realizado por Daniel Pécaut. Surgían también

17 Germán Colmenares, "Por donde Comenzar", en *Gaceta No* 13, 1977, pág. 7.

18 Darío Jaramillo (ed.), *La nueva historia de Colombia*, Bogotá, 1977.

19 *Estudios Marxistas No* 14, Bogotá, 1977. Estas afirmaciones aparecen en una reseña al 'texto tan reaccionario de Melo', a saber "El establecimiento de la dominación española"

los primeros estudios de historia de la vida cotidiana, de historia de la mujer, de historia de la infancia.

Los modelos teóricos de trabajo seguían siendo previsibles: la historia económica se apoyaba con frecuencia en la teoría de la dependencia, mientras el marxismo parecía irse reduciendo a una orientación metodológica que buscaba ante todo hacer visibles los conflictos de clase y mirar el mundo, en forma a veces algo populista o reivindicativa, desde la perspectiva de los sectores más explotados o marginados de la población. El ideal seguía siendo el de la tradición francesa: una historia total, en la que los procesos políticos o culturales pudieran enmarcarse en las estructuras económicas y los conflictos sociales. Quizás lo más novedoso era el tono cada vez menos ideológico, la visión más desligada de cualquier visión sobre el presente que comenzaba a advertirse en los estudios históricos de las generaciones más jóvenes, y las innovaciones teóricas que sugerían algunos libros de Germán Colmenares, en especial su estudio sobre algunos historiadores hispanoamericanos del siglo XIX: allí comenzaba a advertirse el interés por el análisis de las formas retóricas del discurso histórico, inspirado parcialmente en teóricos como Hayden White, quien tendría, en el mundo norteamericano, una gran influencia en el surgimiento de lo que, simplificando, puede denominarse el paradigma postmoderno de análisis histórico, el "giro lingüístico" de la escritura histórica. Sin embargo, Colmenares, aunque apelaba a los recursos de White, los reinscribía dentro de una visión todavía remota del radicalismo lingüístico que roería la solidez de los discursos históricos algunos años más adelante²⁰.

Todos estos trabajos reforzaban los niveles de institucionalización de la historia. De alguna manera, permitieron verificar la transformación que se había dado en la forma de escribir historia y sus alinderamientos ideológicos: Salvat recurrió a un equipo vinculado en buena parte a la Academia de Historia, que dio énfasis a la historia colonial y ofreció una imagen hasta cierto punto hispanista de nuestro pasado, aunque sin lograr-ni buscar, probablemente-, una visión muy homogénea. La Oveja Negra recurrió a un núcleo de historiadores jóvenes cercanos al marxismo, tratando de ofrecer una visión coherente del pasado, que subrayara ante todo las luchas sociales populares: tampoco logró una gran homogeneidad ideológica. La Nueva Historia de Planeta,

que se apropiaba en cierto modo de un nombre que cobijaba otros grupos, tuvo una orientación bastante ecléctica y adoptó, voluntariamente, una estructura poco rígida; incluso le dio cabida a varios historiadores vinculados con la historia tradicional y con los que muchos de los colaboradores habían polemizado en otras ocasiones; fue también la primera que acogió a los historiadores vinculados con el Partido Comunista de Colombia, que habían quedado por fuera del *Manual* dirigido por Jaramillo Uribe. Casi en la misma medida en que estas ediciones confirmaban el grado de institucionalización social de la disciplina, mostraban el acomodamiento al que se había llegado con la realidad del país: ya era evidente que el intento de cambiar radicalmente el país no era más que un débil rescoldo del pasado, que además se mantenía más vivo en los trabajos monográficos que en las obras de síntesis.

La institucionalización la reforzó el establecimiento de los Congresos de Historia de Colombia: el primero se realizó en Bogotá en 1977, y el último, el décimo, se hizo en Medellín en 1997: son eventos en los que se presentan rutinariamente más de 100 ponencias, usualmente de investigación, y que permiten el encuentro periódico de los principales historiadores del país y de algunos historiadores del extranjero²¹.

Dentro de la lógica crítica de estas corrientes históricas, uno de los objetivos principales era llegar al público escolar. La transformación que se había producido era radical. El pasado colombiano había cambiado substancialmente. De una historia en la que los 50 años de la conquista y los 30 años de la independencia se ... apoderaban de la totalidad de las páginas del texto escolar, se había pasado a una en la que el privilegio de estos momentos había desaparecido y la historia reciente ganaba terreno. Antes apenas existían la esclavitud, el trabajo forzado de los indios, las encomiendas, las revueltas populares, los artesanos; ahora la historia se detenía en todos estos temas. Antes los temas polémicos se eludían, para evitar la confrontación: ahora las historias estaban llenas de guerras civiles, de violencias, de guerrillas, de errores y mentiras. Como lo dijo Álvaro Gómez Hurtado, los nuevos historiadores habían arrojado montones de basura a la historia del país. Pero todo lo

²⁰ Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, 1987. Jesús Martín-Barbero consideró que este texto representaba una "propuesta postmoderna". *Historia y Espacio*, No 14, Cali, 1991.

²¹ Germán Colmenares hizo en dos ocasiones un balance del desarrollo de la actividad profesional de los historiadores y del desarrollo de la disciplina. Véase "Estado del Desarrollo e Inserción Social de la Historia en Colombia", en *Misión de Ciencia y Tecnología, La conformación de comunicación científica en Colombia*, Tomo 11, vol. 3, Bogotá, Colciencias, 1990, y "Perspectiva y Prospectiva de la Historia en Colombia", en *Ciencias sociales en Colombia*, Bogotá, Colciencias, 1991.

anterior era inocuo si los textos de la enseñanza elemental y secundaria seguían iguales. Sin embargo, era difícil que, con un profesorado que crecientemente compartía las nuevas interpretaciones, pudieran sostenerse los viejos textos. Por ello, no hubo una gran sorpresa cuando en 1983 apareció un texto en el que todos estos temas hacían su entrada, y en el que las ilustraciones incluían fotografías de personajes como Guadalupe Salcedo o Camilo Torres Restrepo. Fue el de Margarita Peña y Carlos Alberto Mora *Historia de Colombia* (Bogotá, 1983),²² al que siguieron Rodolfo Ramón de Roux, *Nuestra Historia*, en 1984 y en 1985, la *Historia de Colombia* de Silvia Duzán y Salomón Kalmanovitz. El primer libro produjo, en 1985, una amplia polémica, que se prolongó hasta 1989, cuando su adquisición por el Ministerio de Educación llevó a una serie de artículos de protesta, encabezada por el presidente de la Academia Colombiana de Historia, Germán Arciniegas.²³ Esta polémica ha continuado en forma esporádica, reforzada por las protestas por los cambios en los programas educativos, que han reducido substancialmente el tiempo dedicado a la enseñanza de historia. No ha sido un debate serio, y en general las acusaciones han tergiversado radicalmente lo que aparece en los textos, que se limitan en general -tal vez con la excepción del de Roux, que tiene ambiciones educativas más radicales-, a introducir, en forma bastante neutral, los aportes menos controvertibles de la investigación histórica reciente. La defensa de los textos tradicionales y el ataque a la enseñanza materialista reaparece periódicamente, pero el consenso es hoy general y buena parte de los historiadores que hacen parte de las academias se han sumado a los puntos de vista renovadores²⁴. Sin embargo, no estaría fuera de lugar un debate amplio sobre estos textos y sobre las formas de enseñanza de la historia en la escuela básica y secundaria. A la vieja rutina, con memorización de batallas y hechos administrativos, parece haberla reemplazado una nueva forma de rutina, que aunque

superó la memorización de "modos de producción" sigue basada en el aprendizaje de un saber hecho, y no en el desarrollo de capacidades de análisis histórico.

En las universidades, después de las dificultades de los setentas, cuando se cerró el pregrado de historia de la Universidad Nacional, se fue reconstruyendo gradualmente la enseñanza de historia en la última década. Nuevas carreras se abrieron, y en la actualidad existen carreras en Bogotá (Nacional, Javeriana y Andes), Medellín (Nacional y Antioquia), Cali (Valle), Bucaramanga (UIS) y Cartagena. La Nacional inició una maestría en Bogotá a mediados de los ochentas, y la Universidad del Valle ofreció una maestría en colaboración con FLACSO a fines de la década. La Nacional de Medellín, después de consolidar su pregrado, abierto en 1978, inició también una maestría, y probablemente existen hoy otras. Además, la Nacional de Bogotá ha abierto un programa de doctorado. El profesorado de las instituciones, cada vez más, ha hecho una carrera convencional en la universidad y ha realizado estudios de postgrado. De este modo, la historia es una disciplina con todos los rasgos y características de las disciplinas académicas universitarias, con todas las implicaciones, negativas y positivas, que esto tiene.

Las perplejidades de los noventas

Consolidada la disciplina en términos de su instalación en el mundo universitario -carreras, maestrías, doctorados, congresos, muchas revistas, aunque a veces pocos estudiantes-, después de años de amplia acogida por parte de los lectores, la historia parece, en los noventas, enfrentar una crisis, cuyo diagnóstico aún no se ha hecho. Una mirada a los trabajos históricos más importantes obliga a comprobar varias cosas, todas más

22 Lo sorprendente era quizás que fuera la Editorial Norma la que encabezara este proceso de modernización.

23 Germán Colmenares, "La polémica de los manuales..." Véase también *Nuestra historia*, a propósito de una polémica, Bogotá, 1989.

24 Por ejemplo, en 1996 se reunió en Cartagena una conferencia sobre educación, patrocinada por el Convenio Andrés Bello y Unesco, que hizo una nueva crítica a los textos tradicionales. El secretario de la Academia Colombiana de Historia volvió a defender tales textos y a criticar las innovaciones materialistas (Roberto Velandia, BHA, 796, feb-marzo 1997). Si miramos los textos actuales, probablemente mantienen visiones sociales y políticas más radicales que las de los historiadores de la universidad.

Medió siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial

o menos preocupantes. Una es que cada vez son más raros los trabajos de envergadura, que traten de dominar un período amplio o se mantengan dentro de las líneas de la "historia total". Por supuesto, una razón está en la proliferación de publicaciones, que hace cada vez más difícil dominar la amplia literatura.

Esta abundancia ha sido estimulada por la aparición de nuevas revistas académicas. De la década inicial subsisten el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, que ha logrado sacar unos 20 números en 35 años, y el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, del Banco de la República y fundado en 1958, que aunque no es muy especializado, ha publicado muchos artículos de investigación histórica, sobre todo a partir de 1983, cuando fue reorganizado. A ellos se han sumado algunas revistas de vocación histórica: *Estudios Sociales* creado en 1986 por la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales, *Historia y Espacio*, de la Universidad del Valle, *Historia Crítica*, establecida en 1989 por la Universidad de los Andes, *Historia y Cultura*, en Cartagena en 1993 e *Historia y Sociedad*, (1994), de la Universidad Nacional de Medellín, para no hablar de las más recientes y aún no consolidadas. Sin embargo, otras revistas han sido canal de expresión de los historiadores universitarios: *Huellas*, de la Universidad de Norte, donde se ha recogido mucho material sobre la historia regional y *Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional*, sede de Medellín, *Revista de Ciencias Humanas*, de la misma universidad y de la Universidad Javeriana.

Esta abundancia de publicaciones cubre un abanico temático cada vez más amplio, sobre todo en los historiadores más jóvenes. De algún modo, los estudios de historia económica, social y política estaban referidos a objetos históricos relativamente unificados: los recursos productivos, los conflictos entre grupos sociales, el poder. Los modelos teóricos, marxistas o no, ofrecían algunas hipótesis integradoras, que permitían relacionar los distintos niveles del proceso social y establecer lo que podría llamarse ciertos grados de primacía ontológica o temporal entre ellos: la economía era determinante, o condicionante, o al menos tenía un ritmo de cambio, una duración, que le daba una función explicativa y sugería, como estrategia razonable de investigación y exposición, la búsqueda de interpelaciones entre lo económico, lo social y lo político. La historia cultural y la historia social reciente, orientada en buena parte a la vida cotidiana, al análisis de las costumbres, definen a cada momento sus objetos, y crean, al mismo tiempo que una terminología nueva, núcleos de análisis cuyas relaciones con otros elementos del proceso histórico no pueden definirse

fácilmente. El estudio de las "mentalidades" y los "imaginarios" (preferibles a las ideas o representaciones), las maneras de la mesa o el vestido, de los rituales, las imágenes y las formas del discurso, invita en cierto modo a la fragmentación y atomización de los textos históricos y a la substitución de unas estrategias expositivas por otras: la descripción impresionista, más o menos espesa, la frase paradójica, resultan más aptas que la interpretación causal o las narrativas lineales. Es posible, es cierto, inscribir el análisis de estos objetos, que en buena parte son contruidos y carecen de un referente externo determinable, en procesos de construcción de identidad, o en estrategias de afirmación de grupos sociales o étnicos, pero esta tentación, que tiene mucho de convencional, cada día parece resultar menos efectiva.

Algunos ejemplos pueden ilustrar esta tendencia: en 1990 el Congreso de Historia tuvo siete ponencias sobre "cultura y mentalidades", y en sus títulos aparecía una vez la palabra "imaginario". En 1997, el X congreso escuchó más de 20 ponencias sobre este tema. En forma similar, crecieron los estudios de historia de la familia, mientras se mantenían constantes los de historia regional y aunque aumentaban levemente los estudios de historia económica, ya muy débiles en 1990, se concentraban en estudios empresariales. Otras áreas en auge son la historia de las ciencias (pasó de 3 a 9 ponencias) y la historia de la educación.

Los trabajos históricos más significativos de los años recientes -y que reflejan a veces las orientaciones en boga hace una década, pues representan usualmente esfuerzos de varios años-, ocupan también un amplio abanico temático. Los libros más ambiciosos son probablemente los de Marco Palacios sobre el siglo XX, Eduardo Posada Carbó sobre la historia económica de la costa atlántica y Efraín Sánchez sobre Codazzi y la geografía en la Nueva Granada. Pero igualmente valiosos son estudios como el de Catalina Reyes sobre vida cotidiana en Medellín o el de Beatriz Patio sobre violencia en Antioquia en el siglo XVIII y los libros de Mario Aguilera, Pablo Rodríguez, Margarita Garrido, Alfonso Manera o Mauricio Archila. Estos libros, y muchos otros que podrían citarse con iguales valores, constituyen la maduración de proyectos de largo plazo, muchos de ellos bajo la forma de tesis de doctorado o maestría. Ya no esgrimen las armas de cruzados de una lucha cultural contra una visión tradicional que en gran parte se ha deshecho, ni están al servicio de proyectos de cambio social: ofrecen una visión tranquila de sus objetos de estudio (quizás con excepción del libro, en algunos aspectos brillantemente polémico, de Palacios). Entre

ellos hay estudios de historia económica, social, política y cultural, pero aún quienes hablan de costumbres o imaginarios políticos siguen fieles a una historia que se centra en la lucha por el poder o la riqueza. Son una muestra de la vitalidad del trabajo histórico que se hace en el país.

Sin embargo, hay señales contradictorias. La lectura de los artículos y ponencias de los historiadores más jóvenes revela una fascinación a veces poco crítica por nuevas modas, por nuevos lenguajes. La jerga se impone en muchos textos, y con frecuencia el manejo de los conceptos es de una imprecisión abrumadora. Se dice imaginario, para tomar un solo ejemplo, para referirse a idea, a representación, a imagen, a mentalidad, a forma de pensamiento, o a sus formas plurales: las palabras se estiran para abarcar cualquier cosa. Aunque la importación de los modos de argumentar de las corrientes postmodernas más radicales es aún limitada, no están del todo ausentes las alusiones al fin de los grandes relatos, a la crisis de la racionalidad, ni las insinuaciones de que el discurso racional convencional esconde visiones etnocentristas, imperialistas o machistas.

Estos temas han recibido un debate incipiente entre los historiadores. Jesús Antonio Bejarano, en una ponencia presentada en Medellín, ofreció una imagen bastante pesimista del trabajo histórico de la última década. Los rasgos negativos podrían resumirse en la disminución y decadencia de las investigaciones de historia económica y social, en el abandono del vínculo entre historia y ciencias sociales y en una fragmentación temática que conduce a un abandono de los esfuerzos por explicar los procesos históricos y que no ofrece, en campos como historia de las mentalidades y de la cultura, productos serios y rigurosos. No es el momento de discutir esta caracterización en detalle, y probablemente puede matizarse en el sentido, que confirma su línea de argumentación, de que los dos o tres libros de historia cultural o de la vida cotidiana importantes se inscriben todavía en la tradición histórica racionalista y explicativa más convencional, y son además buenos ejemplos de investigación erudita. Y debe subrayarse también que lo que aparece como historia política de épocas recientes, en las ponencias de los congresos o los artículos de las revistas, y que mantiene en general cierta motivación política, falla por la ausencia de un manejo adecuado de la documentación, y se reduce a la paráfrasis polémica de unos pocos textos que revelarían las conductas opresivas o represivas del establecimiento.

Por lo anterior, es preciso concluir en un tono ambiguo. Aunque se siguen escribiendo muy buenos

libros de historia, son obra de autores con una larga carrera académica. Los historiadores más jóvenes, con pocas excepciones, parecen estarse dejando llevar por las voces atractivas de teorías que harían cada vez más irrelevante a la historia, y alejarían el análisis de la búsqueda de interpretaciones amplias sobre problemas centrales de la formación del país. Donde este interés parece subsistir -la historia política reciente-, la calidad de las herramientas de investigación parece muy precaria. Si las señales son contradictorias, por lo menos es posible expresar la esperanza de que, frente a la magnitud de los problemas de la sociedad colombiana, la investigación histórica no abandone sus ambiciones explicativas. Un texto ya viejo puede servir para cerrar esta argumentación:

La historia es una disciplina contingente y suprimible. Las ciencias que nuestra sociedad juzga inevitables y cuya validez no se discute sin poner en cuestión los fundamentos mismos de nuestras formas de vida, son aquellas que pueden fundar una tecnología, que conducen a intervenciones sobre la naturaleza o la sociedad. La historia no pertenece a estas ciencias, y por ello puede verse como algo prescindible, o como un simple adorno de la vida.

Los historiadores creemos, sin embargo, que para la sociedad es importante conocer su pasado, a pesar de que en la realidad casi nadie conoce más que unas cuantas imágenes y unos cuantos datos aislados de él. Podemos atribuir a esta ignorancia de nuestro pasado alguno de los males del presente, pero creo que sería muy pretencioso atribuirle una importancia muy grande a esta causa. Las fuerzas que mueven un país, que lo sacan adelante o lo precipitan en la violencia son otras.

Pero hay algo de irrenunciable en la pasión de conocer, y de conocer al hombre y sus construcciones sociales. Este afán intelectual que nos lleva a escribir sobre el pasado crea entonces una retórica, un discurso ideológico, que hace parte de la materia de la vida política y social de un país, aunque no defina sus intereses centrales. ¿En qué medida hace parte de la predisposición a actuar violentamente la memoria de la violencia, más o menos en bruto, más o menos inscrita en intentos de explicación contextual? ¿En qué medida la aceptación de los partidos tradicionales se apoya en un discurso polarizado transmitido como saber acerca del pasado? Es posible que estas relaciones existan, y que la disciplina histórica influya en alguna medida en el presente. Ningún discurso actual permite formular

esta conexión en forma asertiva. Ha caído la confianza marxista en el papel de la teoría -del materialismo histórico- como herramienta para prever y orientar el desarrollo de la sociedad: se apoyaba, paradójicamente, en un tipo de determinismo económico que pocos comparten actualmente y en perspectivas teleológicas que suponían una racionalidad externa a la historia. Se ha roto al mismo tiempo la confianza elemental de las sociologías positivistas en la posibilidad de actuar sobre la sociedad. Lo que quedaba -la confianza en una racionalidad interna de la historia, la posibilidad de crear un discurso que relacione los hechos del devenir en un proceso inteligible- ha sido puesto en cuestión por los teóricos del postmodernismo que pretenden colocarnos en un ámbito en el que es imposible comparar la democracia y los campos de concentración, la tecnología moderna y la medicina egipcia: no hay una razón válida universalmente; nada permite valorar una cultura fuera de sus propios parámetros.

Este resurgimiento radicalizado del historicismo me parece un fenómeno temporal: es la protesta angustiada de quienes en los años sesenta soñaron con un socialismo que no tuviera nada de barbarie, y que, rotos sus sueños, quieren romper con todas las esperanzas. Yo confío en que esta gesticulación indignada contra la tradición de la Ilustración se convertirá pronto en una actuación teatral lateral y que nuestras sociedades continuarán debatiendo los problemas del desarrollo, de la democracia, de la libertad, de la racionalidad, dentro de un contexto que no puede renunciar a la herencia ilustrada.

Y dentro de esos debates, el discurso histórico, en la medida en que mantenga alguna pretensión de coherencia, de "historia total" —para usar un término que empieza a parecer una mala palabra— seguirá siendo un polo unificador, un lugar de atracción de las preguntas aún no resueltas. Además, porque el discurso histórico en sentido estricto, en mi opinión, lucha permanentemente contra su conversión en ideología o en mito: impedir que los textos o los hombres o los incidentes o las encrucijadas del pasado se conviertan en ejemplos a seguir o evitar, en tema de identificaciones más o menos conscientes, superar toda tentación a fijar la historia actual en un proceso irremediable y determinado que se origina en el pasado, reconocer la incertidumbre del presente y el futuro, promover, en fin, una conciencia histórica, para la cual el pasado sea ante todo una fuente de experiencia compartida pero no una mano muerta que agarre al presente.²⁵

²⁵ Jorge Orlando Melo, "Las perplejidades de una disciplina consolidada", en Carlos B. Gutiérrez A., *La investigación en Colombia en las artes, las humanidades y las ciencias sociales*. Bogotá, Uniandes, 1991, págs. 54-55.